

Navidad y el diálogo interreligioso

Nos preparamos a celebrar la fiesta de la “Natividad de nuestro Señor Jesucristo”. ¿Qué y cómo celebramos? Si miramos y analizamos las distintas formas de nuestra liturgia, de las prácticas hogareñas y los registros culturales en torno de esta festividad nos asombraríamos de ver cuán poco “bíblicas” son. Descubriremos cuánto resulta de la agregación de otras creencias, modos culturales, tradiciones “paganas” que se nos han vuelto casi como la señal navideña. Esa lectura nos obliga a revisar el centro del propio mensaje navideño.

Para empezar, como sabemos, la fecha del 25 de diciembre es una imposición surgida del calendario solar. El calendario israelita, con el cual creció Jesús, es un calendario lunar, como lo vemos en la celebración de la Pascua. Pero al difundirse la fe en Jesús en medio del mundo gentil, se fue imponiendo el calendario romano, que incluía una fiesta muy popular, por el nacimiento de Mithra, dios solar de origen persa, coincidiendo con el alargamiento de los días después de la noche más larga en el hemisferio norte.

Era tal la popularidad de esa fiesta que muchos creyentes la seguían celebrando aún después de su adhesión al cristianismo. Un sabio “sincretismo” decidió entonces establecerla como la fiesta del nacimiento de Jesús, para borrar su carácter idolátrico. Según el relato de los Evangelios, por las características que da acerca de la ubicación y el hecho de que los pastores cuidaran el rebaño en el campo durante la noche, el nacimiento de Jesús jamás podría haber ocurrido en pleno invierno. La fiesta surge de una sensibilidad que hoy llamaríamos “interreligiosa”.

Otros elementos que incluimos en nuestras liturgias, como la Corona de Adviento, el árbol navideño, la tradición de los regalos, los “banquetes”, entre otros, también tienen origen “pagano”. En realidad, “pagano” proviene del latín *pagus*, que quiere decir “lugar, comarca, región” (que subsiste en nuestro idioma en la hoy poco usada palabra *pago* para referirse a un lugar). Es decir, provienen de los “cultos locales”, deidades propias de ciertos pueblos o de tradiciones populares, sus costumbres y comidas, etc. Estas fiestas, significativas para su propio contexto, al igual que lo que pasó con Mithra, fueron “bautizadas” cristianas e incorporadas al festejo navideño de esa zona. Lo mismo pasó, en otras regiones, con la celebración de la “epifanía”, la fiesta de los “reyes” magos (aunque la palabra “reyes” no está en el registro de Mateo).

Con el devenir del tiempo muchas de esas costumbres o símbolos locales se fueron extendiendo y se volvieron más universales. También fueron incorporadas a la cultura moderna, al consumismo, y fue quedando relegado el propio mensaje de la fe mesiánica. Es así como en nuestra América del Sur y Caribe incluimos en nuestra Navidad costumbres que poco tienen que ver con nuestro clima, las culturas locales, o la realidad social que vivimos.

Por cierto, esto nos lleva a la necesaria crítica a la imposición de una economía de mercado, que volvió nuevamente a la Navidad como una fiesta idolátrica. Pero lo que me interesa compartir como reflexión más allá de esto, es ver como nuestra fe entra en diálogo con su pueblo, con sus creencias, con sus costumbres. No se trata de condenar los sincretismos, no hay fe que no los tenga. Algunos de los más drásticos fundamentalistas celebran la Navidad con todos los ritos “paganos” de la “White Christmas”, aunque lo disimulen con alguna oportuna lectura bíblica en medio de ellos. Se trata de reconocer que nuestra Navidad incorpora otras maneras de creer, otras expresiones de fe, otras modalidades expresivas.

Seguramente una estricta crítica bíblica debería desechar por heréticos muchos de nuestros símbolos navideños, los villancicos e incluso algunos himnos tradicionales. Pero los seguiremos cantando, porque la fe en el Mesías que nos ha nacido atrae a pueblos y personas de distintas tradiciones y culturas, no para reducirlos a una uniformidad doctrinal, sino para llevarles un mensaje de esperanza, de posibilidad de nueva vida, de promesa de salvación.

En ese sentido celebremos la Navidad como fiesta de la apertura a los otros, otras, a quienes está fundamentalmente dirigida: a quienes esperan encontrar un camino de liberación en medio de los dolores de la angustia cotidiana, de la pobreza o la marginación, allí donde se manifestó el Mesías, naciendo en un humilde pesebre, pasando sus primeros años perseguido y exilado, en medio de un imperio asesino. La Navidad es la fiesta por excelencia de un Dios comprometido, de un Dios amor, que se hace siervo para dar valor a la dignidad del esclavo, para destacar la dignidad de lo humano.

La Navidad es dejarse sorprender por lo nuevo e inesperado que Dios hace, que su Espíritu alienta en nosotros, por la presencia enigmática del misterio de Jesús en medio de su pueblo humilde. Sin apertura, sin diálogo atento, sin disposición a recibir a los diferentes, a los excluidos, la Navidad será pura alquimia superficial, aunque se vista de estrictez dogmática. Sigamos cantando los villancicos de dudosa ortodoxia, adornándonos con los símbolos sincréticos de nuestros entornos “paganos”, pero seamos capaces de transmitir con ellos el mensaje de esperanza y justicia, la certeza del infinito amor liberador de nuestro Dios.

Néstor Míguez

Diciembre 2022.